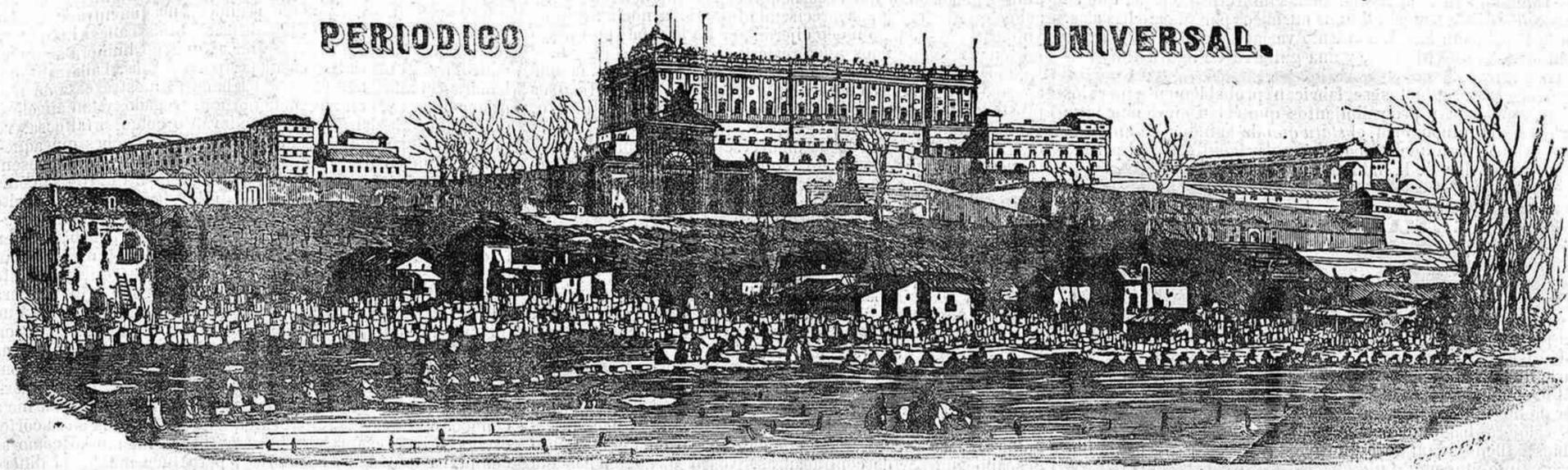


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 15.—SÁBADO 10 DE ABRIL DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 50.

ESPOSICION DE LONDRES.

PERSIA.

La Exposición persa se limita á un corto número de productos, no porque este país se halle verdaderamente atrasado, pues de pocos años á esta parte ha hecho notables progresos, sino porque á la cita universal de Londres no han concurrido las naciones tan universalmente como se cree.

Hubo grandes descuidos y omisiones en el programa redactado para llamar á los diferentes países que componen el globo; no se tuvieron en cuenta con exactitud, ó mas bien se calcularon con demasiada exactitud matemática las distancias; la comisión de Londres no pensó mucho en las dificultades de los viajes y de las remesas de producciones; se establecieron trabas, que luego se hicieron desaparecer, sin que las últimas disposiciones llegasen á tiempo hasta regiones muy distantes; un cálculo mercantil mal entendido tuvo no poca parte en las resoluciones del comité; se temieron ciertas clases de concurrencia, y por último se hizo lo posible para que los artefactos ingleses sobrepujasen en calidad y en precio á los de los demás países. ¡Qué mucho si la Exposición debía tener lugar en Londres!

La Persia presentó algunas muestras de tejidos, una octava parte de las que hubiera podido presentar, muestras riquísimas por cierto, con las cuales ninguna otra ha podido competir.

También remitió varias estatuas pequeñas de marfil; pipas para fumar, de diferentes hechuras; sederías; granos de excelentes calidades; algunos libros persas, de impresión y encuadernación tan magníficas como extrañas, y un vestido completo de seda blanca, semejante á los que llevan los chinos de la clase baja.

La paciencia de las damas persas se revela en un pañuelo sumamente elegante, en cuyo bordado se asegura que empleó una de ellas dos años consecutivos.

Por lo demás, los *albums* y las pinturas, que se espusieron en el departamento dedicado á la Exposición de la Persia, son obras de viajeros ingleses.

Basta sin embargo con lo dicho para conocer que esa nación está mucho mas adelantada que lo que pretenden algunos escritores, que la han juzgado por lo que le ha sido posible poner de manifiesto.

TÚNEZ.

Mucho extraño á las personas inteligentes el ver al lado de dos grandes tapices, que anunciaban la Exposición tunecina, en vez de artefactos africanos, producciones de Chile y del Perú. El primero de estos países envió frutas, maderas y algunas muestras de sus ricos y numerosos minerales de oro y plata. El segundo se veía representado por cobertores de lana, y magníficos objetos de filigrana, entre los cuales se distinguían un hermoso canastillo, y dos pavos reales.

La izquierda de la galería estaba realmente ocupada por el reino de Túnez, cuyo nombre se leía á la entrada.

Preciosos tapices, chales, cobertores, albornoces morunos: todo esto previene en favor de la industria tunecina, que manifestaba después otras producciones dignas de rivalizar con las de Turquía. Consistían en hermosas sillas de montar, vestidas de terciopelo encarnado con bordados de oro, y con pistoleras bellísimamente recamadas. Nada mas rico y suntuoso que sus capotones de seda, sus pantalones, sus dolmanes, sus albornoces militares, y otras muchísimas prendas que llenaban las vidrieras de la Exposición de Túnez. El oro se veía prodigado en todos aquellos finísimos tejidos, cuyo costo subiría entre nosotros á cantidades fabulosas.

En ellos nada se notaba que revelase la mas mínima señal de la influencia europea.

Estas muestras hacían raro contraste con las ropas comunes, y sobre todo con los productos verdaderamente patriarcales que figuraban en la segunda sala. Veíase en ella una tienda de grosera lana, cubierta de pieles de leones, habitación primitiva de una raza nómada y guerrera: veíanse también objetos, cuyas antiguas formas nos recordaban los personajes del antiguo Testamento. Eran vasos de barro, ánforas de dos asas, semejantes á las que debía usar Rebeca, calabazas, odres, tejidos gruesos de estameña y cobertores muy ordinarios.

El calzado tunecino se distingue por su desmesurada anchura: se conoce que está destinado para un pueblo de andarines, poco cuidadoso de lucir los pies. El olor que exhala es



Escena de la Pasión: grupo en yeso.

exactamente el del cuero de Rusia, y sin duda se prepara del mismo modo: singular analogía, si se tiene en cuenta la distancia que separa á ambos países.

También se trabajan en Túnez sombreros de paja, que se parecen á los de los campesinos europeos por sus anchas alas. En la Esposición había asimismo varias muestras de jabones comunes, granos, bujías, y una guitarra de figura muy original y extraña.

Todos estos objetos se fabrican probablemente por los mismos modelos y procedimientos que están sirviendo hace siglos. Es la inmovilidad, el *statu quo* de la industria antigua, trasportada, para que formase singular contraste, al palacio de las maravillas de la industria moderna.

AGONIAS DE LA CORTE.

(Conclusion.)

Por si el lector se ha olvidado, que bien puede suceder, del punto por donde corté esta historia, que en el original no está dividida en capítulos, me tomaré el trabajo de recordarle que en el número anterior de este período, dejamos al autor contando cómo el copiante de música, después de haber dicho mil desatinados disparates, descubriendo la cara del relojero, halló que estaba durmiendo, con la risa en los labios, y lleno de un gozo que daba gusto. Y sigue así la historia, sin quitar punto ni coma.

«De mucho le valió en aquella ocasion al pobre D. José la esperanza que yo tenía fundada en la música de la boda de su sobrino, porque se trataba de avisar al dentista, nada menos que para que aprovechándose del sueño de aquel bendito, le arrancase en un periquete y con inteligencia, los tres únicos dientes que le quedaban. Yo anduve bastante listo en servir al pobre relojero, y como quien no hace nada, y sin ser notado, le hice salir de su sueño con una jarra de agua que le eché por los cabezones. ¡Pobre D. José! Se puso á llorar como un niño, y se marchó á su casa diciendo que desengaño mas grande no le había recibido en su vida. Todos los demás amigos salieron lo mismo de mi casa, uno á uno, y quejándose de sus compañeros. A mí se me bajó el corazon á los talones, y me dormí en la misma cama de mi padre. Uno y otro estuvimos durmiendo todo aquel día, sin despertar hasta el siguiente, según á mí me parece, porque no lo sé á punto fijo: tanto me atolondraron el sueño y Lucía. Lucía! Lucía! Como las mugeres son tan ingeniosas, y tan graciosas, y tan divertidas, y tan amigas de pegar chascarrillos, yo no sé, pero cuando yo desperté, sentí ruido en el cuarto, que estaba á oscuras: fui á la ventana y la abrí, y estaba amaneciendo, y á la poca luz que entró, vi que como si entonces viniera de otra parte á la cama, se echaba en ella con cierta precipitación mi querida Lucía. Pobrecilla! me dijo que toda la noche nos había estado velando como á unos niños. ¿Qué noche? la pregunté yo. ¿Qué noche ha de ser? me contestó ella, esta noche. Al fin, me confundió, haciéndome una sola noche de la que yo pasé tan jovial con los amigos de mi padre, que á mí me parece que se marcharon todos después de salido el sol, y de la que acababa de pasar, que para mí era otra, aunque con lo que ella me dijo perdí mi cuenta, y no fué ya para mí aquella noche, ni una ni otra, ni otra ni una, ni ninguna, porque todos los sesos se me devanaron con lo que mi muger me decía; porque eso sí, mas amor que yo no la tendrá nadie, por su modo de espresarse.

Mi padre, que estaba también despierto, se echó fuera de la cama, y en un momento se vistió con tanta ligereza como si nada hubiese tenido, quejándose solo de la herida de la sangría, de la que renegaba, diciendo que mas vale una gota de sangre de un hombre honrado, que diez años de vida, y que el dentista era un bárbaro, y lo que él mas sentía, un mal amigo. Aquel día no salimos de casa á hacer la compra, porque aun nos quedaban algunos restos de la cena aquella tan alegre. De ellos comió mi padre con excelente apetito una buena parte para desayunarse, y luego se marchó mas alegre que unas pascuas, dejándome á mí también muy alegre, y convenciéndome á Lucía de que Dios se había interesado por nosotros para sacar á nuestro padre de tan grave enfermedad tan bien y tan pronto como podíamos desear. Lucía, que al fin era muger, y por lo mismo maliciosa, daba á la enfermedad de mi pobre padre un nombre que yo no repetiré, porque siempre ha sido mi máxima: cuanto mas honres á tu pobre padre, mas pecados la limpias á tu madre; y aunque mi padre era ya viudo, y con él no venía bien este refrán, yo quería, he querido y quiero siempre hourarle, lo mismo cuando podía esto traerle cuenta á mi madre, que cuando ya no, porque tanto á uno como á otro, los he querido lo que nadie tiene necesidad de saber.

¡Vaya un rato malo que pasé así que mi padre se marchó! Estos son secretos de mi corazon y no quiero decirlos. Cuando uno ama, cualquier cosa le da un mal rato, y cuantos mas malos ratos, mejor, señal de mas amor. Muchísimo amor pasó por mí aquella mañana. Lucía adoraba en mí, y ella misma me lo dijo; pero una cosa muy rara, que debía ser exceso de amor de parte de ella, que no hay cosa peor que los excesos en todo, una cosa muy rara me quitó á mí el buen humor para todo el día. ¡Lucía, Lucía! Bien decías tú que yo era un hombre muy apasionado, y que necesitaba para quitarme este defecto de una muger como tú, amante tiernísima, eso sí, mucho mucho, pero muy prudente, muy encogida, muy serena, la misma serenidad, enamorada locamente de mí, sin perder el juicio, y sin dejar de ser una serenidad como una gloria. ¡Lucía, Lucía! ¡Cuánto te he querido! ¡Y sin caer nunca en que la mía era una pasión que me cegaba!

No, pues no he de ser yo el que vaya ahora á ponerse acaso malo escribiendo de esto, que en cambio bien me divertí la noche de aquel día. A cosa de cuatro ó seis horas de haber salido mi padre de casa, volvió con el relojero, que entró pidiéndome perdon de no haber podido conocer, á causa de su mucha edad, que le había disminuido algo el talento, que á no ser yo, ninguno podía haberle hecho el beneficio de echarle una jarra de agua por los cabezones. Yo le respondí: señor D. José, no hay de qué, yo hice lo que debía y nada mas. D. José me aseguró que me estaba agradecidísimo, porque ya le habían dicho sus amigos la graciosa diablura, cosa

muy natural en medio de una broma, que querían hacer con él. Mas guapo que nunca venía mi padre, que me traía unas cuerdas de violín y un poco de pez griega para el arco. A ninguno se le había olvidado la boda del sobrino del relojero, y así es que se celebraba precisamente aquella noche. Lo que yo me alegré cuando me lo dijeron, nadie lo sabe, porque yo no tenía mas que unos cinco reales y dos cuartos segovianos. Mucho me entristeció lo que mi padre me dijo, llamándome aparte.—¿Ves estas cuerdas? ¿Ves esta pez? Pues todo es prestado. A pagar, hijo mio, á pagar.—Le di todo mi dinero, y él me dijo que le guardaba para él. Las cuerdas y la pez, hijo mio, me decía lleno de amor, se pagarán con lo que tú toques, de lo que toques. Artista! picaro artista! añadia, vas á sacar dinero de un palo viejo á fuerza de... *tirririn, tirriran, tirririn, tirriran*; y hacia unos ademanes muy propios de quien toca el violín, que los tengo yo en la uña, porque es mi gloria. Vamos, toda la gracia de su juventud le había vuelto á mi padre al ver que iban á dar fruto los conocimientos de su hijo. ¡Loco de contento estaba! Me dirigí al relojero, y le pedí licencia para componer en su misma presencia el instrumento que había de tener el honor de anunciar á su sobrino su gloria amorosa, con sus sonidos fuertes, y darle una idea de la dulzura conyugal, con otros mas dulces que el canto de las aves, propios de mi violín.

Dióme por supuesto esta licencia, que yo le había pedido con tan fina educacion, y entonces descolgué mi violín, le puse cuerdas nuevas, y le dejé corriente para la noche. Rogóme D. José que tocara alguna cosa, y yo en un momento despabilé un par de contradanzas. Nos despedimos hasta la noche, y yo rendido de fatiga, con tantas brillantes esperanzas como me abrumaban, me tumbé en la cama dando suspiros de gozo. ¡Qué día aquel tan feliz para mí! todo me le pasé dejando que me rodaran por la cabeza todas las cosas alegres que yo sabía ejecutar con mi violín, que eran muchas, y para una boda, mas. ¿Qué tenía yo ya que temer? La suerte mia se había cambiado completamente, y empezaba á darme á ganar alguna cosa por medio de las bellas artes. Ya empezaba yo á ser algo en el mundo, y no en el mundo así como se quiera, sino que iba á darme á conocer en una corte, donde con solo un violín y mi buen gusto, podía ganar dinero hasta cansarme, porque lo que es de tocar no me cansaba yo ya, que para eso había trabajado tanto en robustecerme el brazo derecho. Todo esto me salió verdad, todo estaba bien pensado, porque yo nunca he sido ligero de carácter; pero yo en todo lo que pensaba de felicidad, unia siempre conmigo á Lucía y á mi padre, y esto es lo que ahora me atormenta mas. ¡Qué corazon tan bueno el mio, si no fuera por la fatalidad de que nunca me ha dado cosa alguna de esas de que se dice—eso lo da el corazon—me lo dió el corazon! A mí entonces no me daba nada el corazon, ni luego he observado que me dé nada tampoco.

Por supuesto que yendo yo á tocar á una boda, había de llevar á Lucía, para que bailase, cosa muy natural, en razon de que marido y muger para eso han nacido. Se puso Lucía encima todo lo que pudo. ¡Cuidado si todo la venía bien! Qué lástima que la pobre no hubiera sido muger de un príncipe, y con eso se hubiera puesto mas, y mejor. Al fin hizo lo que pudo. ¡Pobre de mí que me alegro de sus alegrías, y sea lo que sea!

Muchísimo me gustó cuando la vi vestida con todo lo mejor que tenía. ¡Válgame Dios, qué muger tan hermosa! Cuando uno tiene una muger así, es cosa de ir á ponerse muy pronto loco, y cuanto mas hermosa, mejor para eso, porque tienen todas un corazon que si se pudiera ver, daría gusto de puro liso. La hermosura se ha hecho para todos, cosa muy natural, en razon de que para eso sirve. Yo también me vestí, y la pregunté á Lucía que si estaba bien, y me dijo que á ella siempre le parecía lo mismo. Se lo agradecí mucho, porque llevaba yo un traje muy agradecido, que había sido de mi padre, menos una corbata de seda azul celeste, con una hebilla muy hermosa de grande, y muy reluciente, y un chaleco de flores que parecía un jardín, de naturales que estaban. ¡Qué bonito era aquel chaleco! ¡Cuántas cosas buenas llevo perdidas en este mundo! ¡Maldito sea!... no quiero decir un disparate, Dios me lo perdona.

Vino mi padre, que había comido por allá, y me dijo que ya era hora de ir á la boda, y que mi muger estaba convidada. Todo se la iba á Lucía en mirarse á un cachillo de espejo que teníamos: cosa muy natural, en razon de que nunca acababa de verse. Cuando yo cogí mi violín, no pude contenerme, y en un abrir y cerrar de ojos toqué una porcion de cosas, porque ligereza como la mía, yo no sé, pero creo que pocos la tendrán. Cuando íbamos á salir, vino un caballero, todavía mejor puesto que yo, que nos dijo: Ea, señores, vamos, y echó á andar con mi muger de bracete, y mi padre y yo detrás con mi violín en una funda de damasco muy fino, que era una lástima que no estuviera limpio y sin tantos corcosidos. Lo menos llevaba yo treinta violines en el corazon que me le iban alegrando y rascando. Lucía y aquel caballero, que yo no sé si era de la familia del relojero, iban, que Lucía parecía una mariposa inocente de puro alegre. Llegamos á buena hora, porque no he probado nunca licores mas esquisitos que los que allí se bebían. Por fin se empezó el baile y la jarana, y entré todos éramos tres músicos, uno con una flauta, poca cosa, otro con un clarinete, peor todavía, y yo que llenaba sólo toda la sala de sonidos. Había muchísima gente, pero por lo que observé en aquel baile no sucedía o que en los de mi ciudad en que todos los danzantes se conocían: allí no, pero como me dijo el relojero esa es la gracia que tiene la corte, además de que él era un hombre de mucho mundo. A pesar de mi buena constitucion, y eso que yo he tenido siempre una encarnadura que nada se me ha conocido, Lucía no se cansaba de bailar, con el mismo caballero que la había acompañado, y ya se me caía el brazo de tanto darle al arco hacía arriba y hacía abajo sobre las cuerdas. Mi padre estaba jugando, y llevaba ganados una porcion de cuartos que tenía en un monton delante de sí. En un descanso que nos dejaron á los músicos, me fui yo donde jugaban, le cogí á mi padre un puño de cuartos, y gané lo menos treinta y seis reales en un cuarto de hora, que si me dejan yo no sé lo que hubiera hecho. Cuando volví á tocar, ni el inventor del violín hubiera tocado mejor que yo. Además estaba yo muy contento porque no veía bailar á Lucía, que debía estar por allí descansando. Poco me duró el gusto, porque á

poco rato la vi entrar por la puerta como si viniera muy cansada. Al momento pensé si habría otro cuarto de baile por allí. Como las mugeres son el mismísimo enemigo en ligereza de carácter, y de piés y de todo, dije para mí: vamos, la infeliz ha estado sin duda cansándose mas mientras yo creía que estaba descansando. ¡Malditos sean los bailes! Lo que yo temía era que se me pusiese mala; que no hubiera sido mal apuro para curarla. Pero nada, por fortuna, bailara lo que bailara, cuando nos fuimos del baile á nuestra casa durmió perfectamente, con aquel sueño tan sosegado y tan angelical que siempre la daba, y luego se levantó como si tal cosa. Yo no sé si Lucía habrá pasado luego mejores noches que aquella: cosa muy natural, en razon de que la pasó en mi presencia, y luego hace ya una porcion de tiempo que no sé cómo lo pasa; pero yo, y especialmente mi padre, no hemos vuelto á pasar ninguna mas divertida entre una reunion tan escogida. Yo seguí desde entonces mi carrera de músico; pero en unos bailes se armaban riñas de puñetazos, en otros de cuchilladas, y esto me quitaba siempre el gozo que yo siento cuando me entrego á las delicias del violín. Ay! si yo hubiera pensado siempre con la malicia que pienso ahora, puede que no sintiera ahora lo que siento: cosa muy natural, en razon de que no me hubieran enseñado á ser malicioso, las cosas que Dios me ha enviado para abrirme los ojos. Loco de contento me tenía Lucía, que como yo ya ganaba algunos cuartos, porque como yo había pensado, lo mismo fué darme á conocer en una boda, que principiar á coger fama en la corte: estaba cada vez mas hermosa, y ni yo mismo sé cómo se compraba tantas cosas bonitas; pero luce mucho el dinero de las artes liberales en muger de artista.

Lo que sentía yo mucho era que por mas que de día en día conocía yo que tocaba mejor, se pasaba el tiempo sin poder poner arregló en la casa, ni hacer un círculo de relaciones de familia de las que había tenido en mi ciudad: cosa muy natural, en razon de que todo se me volvía hablar cada día con dos ó tres personas desconocidas en la corte: eso sí, lo que es esto es mas variado que no siempre lo mismo, y por eso gusta tanto.

Mi padre no se acordaba de nada: seguía yendo al café, y además por pasar mejor el tiempo, se había aficionado un poco á ser jugador, que ¡cómo era posible que si hubiera seguido viviendo en nuestra ciudad y entre sus amigos, que todos eran tan pobres como él, hubiera hallado este recurso tan descansado para ganar algunos cuartos! Vamos, lo que es si hubiéramos podido echar raíces en medio de tanta confusión; bien se podía decir que nos había venido Dios á ver con soplarnos en la corte. Así seguimos una porcion de tiempo, y ya me iban á mí pareciendo cada vez mas naturales los mil apuros que cada día pasábamos, sin que nadie los supiese mas que nosotros tres, y no porque nosotros no tuviéramos ganas de contarlos, sino porque habíamos aprendido el trato del gran mundo, y ya sabíamos que no había mas tío pásemme V. el río, digámoslo así, que no pedir nada á nadie, ni dar tampoco cuando á uno le pedían, y aprender á juzgar de los otros por uno mismo; que al fin y al cabo con ninguno de los que veíamos teníamos nada que ver, ni ellos con nosotros, como que eran relaciones de corte, donde cada uno á su negocio y Dios en el de todos, y no tiene poco que hacer.

El talento y la hermosura de Lucía cada día eran mayores, y yo estaba lleno de gozo solo con esto, á pesar de que la reconocía muy superior á mí, y tenía que obedecerla casi en todo, porque despejo como aquel yo no le he visto. ¡Con qué gracia hacia burla de todo nuestro modo de vivir, y con qué dignidad se enfurecía de verse precisada á vivir en un piso tan alto, que no tenía mas que tres cuartos, y que no estaba adornado, entre todos, mas que con treinta muebles, contando con un calentador de cama que habíamos traído de nuestra casa, y que era de la familia desde el tiempo de nuestros abuelos! Esto me daba á mí muy malos ratos; pero el amor me los quitaba, y todo lo daba por bien empleado, porque Lucía esperaba salir muy pronto de aquel estado, y cada día que pasaba se la llevaban los demonios, como si su esperanza se hiciera cada vez mas vehemente con la proximidad de cumplirse. Se había cambiado enteramente el carácter de Lucía, y no parecía sino que mientras yo no había adelantado un paso, y sentía y pensaba lo mismo ahora que antes, ella se me había adelantado muchas leguas, lo mismo con el alma que con el corazon. Por otro estilo y allá á su manera, lo mismo le había sucedido á mi padre, y yo estaba aturdido de ver el efecto que en ellos había hecho el trato de gentes, mientras yo siempre en mis trece: lo único que había ganado con la confusion de los bailes en que había tocado, eran unos cuantos reales sacados de la fuerza de mi brazo derecho, que era un águila con el arco sobre el violín, y de la agilidad de los dedos de la mano izquierda, que andaban y se reproducían, como si fueran las patas de un cien piés, sobre las cuerdas. En lo que Lucía había adelantado, yo no sé cómo se llama, porque todas eran cosas del alma, que acaso pasarían al cuerpo, sin advertirlo yo. En lo que mi padre había adelantado también, era en cosas de discurrir, que tampoco sé como se llaman. Lo único que tiene una espresion material y que se entiende, porque es cosa de tripas, cerda, madera y manos, es lo que yo puedo decir de mí, que había adelantado prodigiosamente en tocar el violín, hasta poder estar dias enteros dale que le darás, sin cansarme, y tocando todo lo fuerte que se quisiera. ¡Cómo había yo de haber podido entonces escribir todas estas cosas! Los adelantos de mi padre, y sobre todo los de Lucía, son los que por los resultados que produjeron, me han aguijado á mí el talento en disposicion de hacermele brincar, como lo voy notando con la idea que me ha dado de escribir todo esto, que lo que mas siento es no poder explicarme mejor.

Mientras yo me descuidaba de todo lo que no fuera Lucía, mi padre y mi violín, el que de nada se descuida, que por lo visto es el tiempo, me estaba preparando unos cuantos sucesos, pocos, nada mas que dos, para quitarme el cuidado de dos de las tres cosas que me gustaba á mí cuidar.

Para empezar bastó un día, y bien sabe Dios que se concluyeron todos mis asuntos.

Aquí sí que no sé cómo escribir todo lo que pasó por mí; pero si yo mismo no procuro decirlo de cualquier modo que sea, no hay medio humano de que se llegue á saber, porque todo me lo pasó solo como en un desierto. No es nada, no es nada, no es nada sino que, por decirlo de una vez, yo

soy el hombre de mejor corazón del mundo, y me le han machacado de dos porrazos, que todavía no se puede mover. Yo he nacido para el amor, y ya he dicho que le he encontrado en Lucía, y lo que yo la quería nadie es capaz de figurárselo, ni yo soy capaz de decirlo. Y despues de lo que me ha sucedido, por mucho que a mí me guste el amor, ¿adónde voy yo a parar con mis buenos sentimientos? Lucía! Lucía! Lucía! Me estaría una semana entera llamándola, si supiera que había de venir. Ay! sin llamarla tanto tiempo me uní con ella para siempre, y la Iglesia pareció entrar en el trato. Lucía! Lucía! Con que no ha de valer nada todo aquello que se hizo para que no se pudieran romper nunca aquellos lazos! El amor me hace perder la razón, y no quiero echar la soga tras el caldero, como suele decirse.

Yo no sé, Lucía, por qué te he de adorar así, despues de que mi amor, que me hacía vivir casi más para tí que para mí, no me ha servido de nada. Di, Lucía, di, ¿no lo sabías tú, no lo sabías, y todo consiste en eso? Ay! Eso no me quita a mí mi dolor, ni te alivia, ni nada, nada.

Un día vino mi padre todo amoratado y con la lengua trabada, echando más maldiciones que las que yo le había oído en toda su vida, porque él era un hombre muy bueno que no juraba. Se tumbó en la cama, y sin preguntarle nada conocí lo que tenía.

Siempre que mi padre se ponía así, no tenía yo más consuelo en el mundo que Lucía, que aunque no me decía nada consolador ni nada absolutamente, como era tan hermosa, daba alegría por lo menos a un lado de mi corazón, ya que el otro estuviera llorando por mi padre.

Aquel día Lucía andaba de un lado para otro, muy inquieta, sin que yo supiera por qué. Cuando estábamos creyendo que mi padre dormía, sentimos que el pobre se quejaba y lloraba. Corrí al momento, y me acuerdo como si fuera ahora mismo, tenía mi padre toda la cara trastornada y más fría que un hielo. Me asusté mucho, porque el corazón me estaba diciendo que aquello no era lo que yo pensaba. Era, y no era. Era, porque yo no he oído nunca cosas más raras que las que decía mi padre; y no era, porque cuando se pasó aquello, fué otra cosa muy diferente, y más para mí todavía, que para él.

Mientras duró el día, dándole agua caliente, porque otra cosa no había en casa, ni dinero, que estábamos esperando que mi padre trajese alguno; dándole agua caliente, me aseguré bien de que no le quedaba ni una gota de otro licor en el cuerpo.

Por la noche, que yo esperaba que ya estaría bueno, se puso tan malo que yo me fui corriendo a buscar a sus amigos, para que vinieran a socorrernos en aquel apuro. Los encontré en el café, pero hacia ya mucho tiempo, según me dijeron, que mi padre no era amigo suyo. A mí me cogió de susto la noticia; porque a mí se me figuraba que además de todo, no hay por qué no ser amigo de un hombre enfermo. Todos los antiguos amigos de mi padre estaban tan macilentos y tan derrotados, que no me importó mucho que no vinieran a casa, que yo creo que no vinieron, porque yo entre lo que les dije, les dije también que no tenía ni un maravedí. ¡Cuidado si se habían ido hundiendo todos aquellos amigos tan alegres! Bien es que a nosotros nos había sucedido lo mismo: cosa muy natural, en razón de que el hundirse se cae de su propio peso cuando no hay sobre qué sostenerse.

Grande apuro era el mío, porque despues de todo, me afligía mucho no tener un solo maravedí para socorrer ni a mí padre, y esto me tenía vuelto el juicio, y nunca me pareció tan grande como entonces la corte, que no me parecía otra cosa que un arenal de muchas leguas. Al fin, yo no sé explicarme, ni sé cómo estaba cuando volví a casa. Me encontré solo un momento, con mi padre en medio del cuarto, porque sin duda se había caído de la cama. Estaba frío, enteramente como un muerto. A fuerza de darle friegas con las manos y de echarle mi aliento, volvió un poco en sí, y despues le arropé bien. Entonces me acordé del otro pedazo de mi corazón, y no le encontré por ninguna parte, porque Lucía no estaba allí. La bendije mil veces y lloré por ella, la pobrecilla, que sin duda había ido a buscar auxilio, sola y de noche, sabe Dios adónde! Toda la noche estubo mi padre en una continua agonía, y yo sin atreverme a dejarle un momento, y dándole besos, la mitad para él y la otra mitad para Lucía, a quien yo estaba aguardando como a un ángel, como que eso era entonces para mí. No vino en toda la noche, y yo desfallecí y estuve desmayado. Mi padre me dió un abrazo tan apretado que me hizo volver en mí, y me dijo.—Hijo mío! adiós, adiós! yo me muero! sigue tu carrera, tu violincito y nada más, que no hay más en el mundo, para los que como nosotros han venido... ay! Yo que vi a mi padre que se moría por momentos, eché a correr por la escalera, y empecé a decir a todos los vecinos que se moría mi padre. Unos me decían que dichoso él que se acababa de una vez, y una muger me dijo que así se la habían muerto a ella dos criaturas en aquella misma casa, sin saberlo nadie. Aquella casa toda ella era un hospital de pobres. ¡Quién había de ayudarme! Solo me volví al lado de mi padre, y me abracé con él, y me volví a desmayar de hambre. ¡Cómo he de escribir yo esto! Ni sé lo que me sucedió. Vuelta otra vez la noche, y entraba luna por una ventanilla. Yo apenas sentía nada más que el frío del cuerpo de mi padre. ¿Adónde estaba Lucía? Yo solo! solo! tanto tiempo solo, y mi padre muriéndose tanto tiempo, y nada, sin consuelo! ¡Bien, bien, Lucía! ¿No te amaba yo? Mas que a mí vida!... Y a mi padre también, mucho, mucho! Yo no puedo escribir esto! Quién sabe el daño que me hizo mi padre cuando se murió! Con la agonía me clavó las uñas en la espalda, y me mordió con un beso más frío que la nieve. Me asusté mucho, y con un esfuerzo que hice me saqué de entre sus brazos, y se cayó rodando al suelo. Entonces amaneció y ya estaba muerto, y todo esto me había sucedido a mí solo, y eso que había tanta gente! Como un alimento me sirvió el dolor del cadáver de mi padre. ¿A quién quería yo entonces ya? Lucía! Lucía! Yo no sé decir esto. No puedo escribir, porque el corazón se me muere. Anduve por el cuarto como un loco, y encontré un papel que decía:

«Querido Francisco: Me parece que porque tú seas un buen hombre, y porque tu padre con este trato de aquí, se haya olvidado de toda su honradez y se haya hecho un borracho, no he de ser yo víctima, como si fuera una infeliz, que

no hubiera salido nunca de casa de mi madre ó de la tuya. Quédate con Dios, y gobiérnate con tu padre, que ahí le dejo bien compuesto. Ya ves la confusión de la corte: no me busques porque no me encontrarás, y aunque me encontraras, has de saber que he aprendido yo mucho de otra gente que vive aquí, hace ya muchos años, para vivir bien contigo, que no sirves para esto, y debes marcharte a tu pueblo y vivir allí con otros como tú. Cada uno debe buscar lo que le conviene. Si me persigues, que no lo creo, porque creo que me quieres, te espones a lo que te haga el que me defiende, y me ha prometido defenderme de tí y de todos. Adios, y sigue mis consejos, Francisco. Tu

LUCIA.

P. D. Créeme, que no puedo menos de hacer esto.»

¡No escribo más, no puedo escribir más! ¡Qué carta, Dios mío! Ya me quedé más solo todavía que aquella noche. ¡Y de un golpe, así tan bárbaramente! Eché a correr por la escalera y seguí corriendo por ahí. Así ando ahora todavía... ¡las dos partes de mi corazón! Esto hace mucho tiempo... No volví a ver a mi padre... ¡Qué bulla, qué bulla! Yo no sé lo que harían de él. No he vuelto, Dios mío... ¡ay! ¡ay! No sé más.»

Y estas ni más ni menos son las últimas palabras del que tan confusamente escribió este pedazo de historia. Como desde luego puede cualquiera conocerlo, el infeliz que escribe, de resultas sin duda como él dice, de los dos porrazos que le habían machacado el corazón, no estaba muy allá de juicio, que es de lo que más se necesita para escribir correctamente y con propiedad. Está por consiguiente esta historia envuelta en una neblina de extravagancias, que la embrollan, ni más ni menos que el bullicio de la corte, y debía embrollar el entendimiento de este hijo y esposo desgraciado, antes de que acabasen con él para siempre las miserables consecuencias de su venida a Madrid, donde desenvuelto el talento natural de su muger y calificada la filosofía de su padre, la primera le abandonó, por razones superiores a todo, y sobre todo a su marido; y el segundo, despues de haberse entregado con alegría al desorden y a la pobreza, se le murió en los brazos en medio de una agonía desesperada. Yo ya sé que esta historia no tiene interés ninguno, ni cosa de particular que llame la atención; pero la he copiado creyendo de buena fe que todos los lectores serán como yo, que me entretengo con cualquier cosa, con tal que el que me quiera entretener cuente con mi indulgencia; que a no contar yo con la de los que me leyeren, a buen seguro que no iría a dar un mal rato a nadie, solo para dárselo, y por amor simple a las letras humanas.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

EL ESPÍA SIN SABERLO.

EPISODIO DE UN VIAJE A CRIMEA.

(Conclusion.)

Esta aventura le hizo conocer el peligro que había en arriesgarse a recorrer solo las selvas y las rocas; pero el amor de la ciencia le hacía olvidar todas las consideraciones; solamente pensó, con razón, que disminuirían los peligros si dejaba el uniforme ruso y tomaba el traje del país; se hizo afeitarse la cabeza, a estilo de los musulmanes, se vistió un traje marroquí, sin olvidar su pipa, saco de tabaco, el látigo con un puño de plata que tenía dentro un puñal muy afilado, y el cubierto tártaro, compuesto de cuchillo y tenedor con mango de marfil, metidos en una bolsa de cuero.

Esta metamorfosis se hizo en Faltar en medio de una feria. Disfrazado de este modo se persuadió que podía ya despreciar todos los viejos de la Crimea.

Recorrió el país, ya a pie, ya a caballo, recibiendo en todas partes una hospitalidad oriental, entrando libremente en las mezquitas, donde no podían penetrar sus compañeros con sus trajes de infieles, sin excitar la indignación de los creyentes.

Sin embargo Huot estaba destinado a aventuras, y no dejó de tener peligro la que le sucedió.

Había dejado a sus compañeros hacia dos días, citándolos para el tercero en un pueblecillo, de cuyo nombre no nos acordamos, situado al pie de un ancho bosque; provisto de un excelente cartón y de una brújula, sabía muy bien el camino que había de seguir, y no dudó internarse en el bosque, aunque ya iba declinando el día; y una vez dentro de él, creyó abreviar dirigiéndose por la brújula; pero algunos obstáculos que ofrecía el terreno le hicieron cambiar de dirección, y al cabo de marchas y contramarchas, se encontró por último en lo más espeso, sin saber adónde dirigirse.

La oscuridad iba aumentando por grados, y tuvo que resignarse a pasar la noche allí: reunió algunas ramas que había por el suelo y hojas secas, encendió las yescas, é hizo una grande hoguera formando círculo alrededor de un árbol, para defenderse de las bestias feroces, que no son raras; hizo un cigarro, y despues se puso a fumar pensando en Versailles, en su casa, en su familia, en sus libros, prometiendo que si los volvía a ver, jamás se separaría de ellos. Pero ¿quién es el que en viajes tan lejanos no ha hecho semejantes promesas? ¡Juramentos de viajero!

La precaución que había adoptado no era del todo inútil: oía a lo lejos gritos de animales desconocidos, que no tenían nada de halagüeño: sentía pasos precipitados sobre las hojas secas, que cesaban de pronto, y creía que tenía a su inmediación algún vecino poco hospitalario; por último vino el día; cesaron los ruidos alarmantes, fué consultada de nuevo la brújula, y al cabo de media hora salía del bosque y entraba en una hermosa pradera regada por un fresco arroyo, en el que estaba lavando una jóven tártara.

A su vista la bella musulmana dió un ligero grito producido por la vergüenza que le causaba haber sido sorprendida sin velo por un compatriota (todavía se hubiera asustado más si hubiera sabido que era extranjero), se ocultó el rostro con las manos y se entró en la casa inmediata.

Bien pronto salió un tártaro de barba gris, cubierto de harina; era el dueño de la casita, que era un molino inmediato

al pueblecillo donde debían reunirse. El molinero se admiró de ver a un hombre que salía del bosque a tales horas (estaba amaneciendo). Huot le contó su aventura, a la que contestó por un *allah* de compasión, levantando los ojos al cielo, y partió con él su almuerzo.

Despues de tres meses de fatiga y de privaciones sin cuento, los viajeros dejaron su última estación de Crimea para volver a su patria, que ya deseaban ver. Sumamente contentos con la partida, cuando el postillon ruso, con el látigo en la mano les preguntó:

—Adónde vamos?

—A París, le contestaron riendo.

—Sé dónde está, replicó tranquilamente el postillon: estuve allí en 1814; pero ahora os llevaré a Sevastopol, que es el camino.

Esta respuesta, que encerraba en pocas palabras toda la historia de los primeros años del siglo, contuvo un poco la alegría francesa. Llegaron a Sevastopol y allí se embarcaron para volver a Udesca y entrar en Francia pasando por Cracovia, Berlin, Dresde y Francfort. Pero la suerte lo dispuso de otro modo: estaban en Odessa y se preparaban para emprender su viaje por tierra, cuando se declaró la peste: se estableció un cordón sanitario, y no podían dejar la ciudad sino embarcándose. Tuvieron que adoptar este partido y se dirigieron por el Mar-Negro a Constantinopla: allí todavía hizo Huot una gran recolección de materiales. En Constantinopla cambiaron de buque, y *El Dante*, vapor correo, les condujo a Marsella, tocando, pero sin poder desembarcar, en Malta, Nápoles, Génova y Liorna.

En Smirna, ciudad oriental familiarizada con la peste, y donde no hay cuarentenas, estuvieron dos días, que empleó el geólogo en recoger piedras. Esta vez también encontró un indígena completamente extraño a la geología.

Estaba a algunas leguas de la población en medio de un bosque de naranjos, envolviendo en un papel los pedazos de piedra que había recogido y metiéndolos en un saco, cuando un personaje de un aspecto menos agradable que el de los tártaros de Crimea, y oculto hasta entonces detrás de un árbol, apareció de pronto: tenía unos boteguies destrozados, las piernas desnudas, los calzones rotos, el turbante muy sucio, y en la cintura un yatagan, un par de pistolas y una pipa.

Huot creyó que esta vez tenía que habérselas con un bandido (era un reclutador del ejército otomano), y no le quedó la menor duda cuando abriendo la mano izquierda y haciendo con la derecha demostración de contar dinero, le dijo en idioma francés:

—Moneta?

—Dinero? No le tengo, replicó el viajero metiendo las manos en los bolsillos.

Era cierto, pero tenía su reloj, que no quería que pasara a manos de su interlocutor.

Este, sin responder, se apoderó ávidamente del saco colocado en tierra, y sintiendo que tenía peso, se animó su mirada con cierto aire de avaricia: mete precipitadamente la mano en el saco, encuentra un cuerpo duro envuelto en un papel, y cree que es un pedazo de oro: le desenvuelve, y encuentra una piedra igual a la del camino: saca otro, encuentra lo mismo, el tercero, lo mismo: vuelve boca abajo el saco y se convence de que no hay más que piedras. Tres meses antes, el viejo de la montaña había dicho a Huot:

—No guardes así las piedras, porque te tendrían por un insensato.

Esta predicción se realizó y le salvó el reloj, porque el bandido en lugar de golpearle, como él esperaba, se tocó la frente con el dedo, movió melancólicamente la cabeza, y pronunció una palabra que sin duda significaba:

—Está loco!

Despues doblando una rodilla tomó la mano del viajero, la puso sobre su sucio turbante en señal de respeto y se alejó.

Todo el mundo sabe que en Oriente los dementes son seres sagrados; el geólogo se apresuró a montar en el caballo que había alquilado en Smirna y a unirse a sus compañeros.

El viernes 24 de noviembre, *El Dante* entraba en el puerto de Marsella. Huot se veía ya libre de todos los tártaros del mundo. No tenía que temer ya verse obligado a hacer el papel de espía ó ingeniero sin serlo, ó a pasar por loco sin su consentimiento, y juró que procuraría no esponerse a tales riesgos.

Un buey manso.

La mañana del 7 actual huyó un buey en Agen, cuando iban a conducirlo al matadero. Estaba delante de la puerta de su dueño Gayrand, carnicero del barrio de los Cornières, casi en frente del mercado. Otro carnicero le cubrió la cabeza con su delantal todo ensangrentado, y el animal furioso por el olor de la sangre rompió las cuerdas con que le habían sujetado, derribó los bancos y las muestras de los mercaderes inmediatos, y empezó a correr por la calle de la Puerta-Nueva. La gente comenzó a perseguirle, dando gritos, que aumentaban su furor; un instante se detuvo en la esquina de la calle de San Francisco, continuó despues corriendo, y encontró enfrente de la casa de la Misericordia a una jóven de trece años que no tuvo tiempo para huir. Cuando vió el buey su rojo zagalejo, la embistió, y la levantó por los vestidos. Al caer se dió la pobre muchacha un golpe en la cabeza, y cuando la socorrieron no tenía conocimiento y echaba sangre por las orejas. El 8 de este mes vivía, pero no era probable que la salvaran. Siguió el buey corriendo y llegó a la plaza del Obispado, donde se detuvo dando mugidos. Aprovecharon este tiempo para buscar carruajes y pedazos de madera, y algunos minutos despues había valladas en todas las salidas de dicha plaza. El buey mugiendo y escarbando la tierra con sus patas dió la vuelta al cercado y vió que no podía salir por parte alguna. Apareció al mismo tiempo un granadero que estaba de guardia en la puerta del Obispado. El buey le embistió; mas el soldado, metido en la garita, sufrió la acometida, y rechazó al buey a ballonetazos. En fin, llegaron los carniceros con sus perros, y despues de un encarnizado combate se apoderaron de él. Un muchacho se acercó y cortó los corvejones del animal, que cayó en tierra. Le degollaron en la misma plaza, y le llevaron al matadero en medio de un asustado gentío.



Las buhardillas de Madrid.



Efectos de la economía de los caseros.



Contribuciones in iestas.

- Marqués, no he tenido el gusto de ver á V. en la iglesia donde he recogido limosna para los establecimientos de beneficencia.



Máscaras sin careta.

JORAIQUE

6

LA REBELION DE LOS MORISCOS.

NOVELA ORIGINAL, EN DOS PARTES.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO V.

La conjuracion.

Es un estenso y negro salon sustentado por gruesos arcos de sillería, recuerdo gigantesco de los fenicios ó de los romanos, adonde ahora conducimos á nuestros lectores; una atmósfera húmeda y glacial baña sus paredes. Recostadas á la manera oriental hay infinitas personas con vestidos y tocados extraños: de un lado están los viudos: los solteros á otro: mas allá los casados; y cerca de los niños las mugeres; graves y nobles fisonomías se distinguen; tambien hay otras torvas y fanáticas; se respira allí un aire de noble y patriótico entusiasmo. Por su mirada de aguja nótese á Abenabó, último rey de Granada; al jóven Abenhumeya, descendiente de los matadores de Huceim, el sobrino de Mahoma, que, bajo el apellido de Abderramen, reinaron en Córdoba; al celoso Dawud (1), al prudente y sabio anciano Aben-Jawar, á los célebres capitanes de Monfis, el Feniz de Berchul y el Nakos (2) de Nigüelas; al temerario Farax-Aben-Farax, á Aliatar el célebre alcaide de Loja, al alcaide de Tabernas, fortaleza importante en aquellos tiempos; al Fagari y Monfari, y á todos los mas ricos y principales granadinos, y á veinticinco enviados que representaban los lugares de la Alpujarra, y á los muftis (3) y á los faquíes (4).

Aben-Jawar aciba de dirigirse á sus hermanos recordándoles (5) las humillaciones de su pueblo, describiéndoles la tiranía que pesaba sobre ellos, que, aun perseguidos no podían gozar de la inmunidad de las iglesias y lugares de señorío, condenados de hablar su lengua, sus hijos aprendiendo ciencias maldecidas por su ley, amenazados de ser arrebatados del seno maternal y enseñados en países lejanos á sus enemigos de sus padres; pobres como estaban, prohibiéndoseles usar los trajes moriscos; pisoles delante el ejemplo de Aliatar, que yendo á casar una hija tuvo que buscar prestados los vestidos de novia; los esclavos negros que habían criado desde niños, no se les permitían ya. ¿Qué había de hacer el que estuviese solo, anciano, sin hijos, ni hacienda sino prevenir la muerte? Las mugeres que por una costumbre honesta, mas bien que por el Mahrem (6), iban con velo, deberían llevar descubiertos los rostros, espuestas á la liviandad de la soldadesca; las puertas abiertas á toda hora á los ladrones y atrevidos adulteros!... No solamente nos quitan la hacienda, la honra, la religion de nuestros padres, sino los entretenimientos mas inofensivos, así los que se introdujeron para demostrar la alegría en los bailes y zambras, como los que conservan la limpieza y alargan la vida. ¿Por qué se habían prohibido los baños y el alheñarse de las mugeres? Después púsoles de manifiesto con maña sutil el rencor profundo ó las guerras que dividían ó ocupaban á los príncipes de la cristiandad, la situacion de las Alpujarras, tierra fragosa, á propósito para alargar la guerra y cansar y fatigar al enemigo, el poco apresto de la ciudad, que de otro modo que con el hierro no pudieran ser vengadas las ofensas que recibieran, los prodigios que se habían observado en Sierra Nevada, los jófres (7) que les prometían libertad.

Quando el experimentado jefe vió interrumpido su discurso por los gritos de rabia, de indignacion ó de aplauso, creyó llegada la ocasion de añadirles, que en vano se habían juntado si por temor no arrostraban todos los peligros; los esbirros de la ciudad y de la inquisicion no tardarian en descubrir su concierto, que por su grandeza no podría estar oculto, y vestidos de morado como para una fiesta acabarían á manos de sus verdugos, ó huidos en Berbería, pobres y miserables, y entonces ya no habria medios de aparejarse para la venganza; que era necesario marchar juntos en la esperanza y en el peligro, unidas todas las fuerzas y caminando á un propio objeto, por lo cual debían nombrar uno que los representase, ya con el nombre de jequé (8), emir (9) ó malek (10).

Quando acabó Aben-Jawar, un prolongado murmullo de aprobacion acogió su discurso; estrecháronle cordialmente las manos los mas señalados jefes y capitanes.

Un anciano de blanca barba y venerable aspecto, se alzó componiéndose la larga túnica que le llegaba á los pies: todos callaron, escuchándole con respeto religioso.

—Nadie hay grande sino Dios! dijo. Yo soy Joraique. ¿Qué importa que sea el jefe de los faquíes si el Muezin (11) no repite mi voz desde los altos Mimbares (12), convocando los fieles á la oracion? Últimos descendientes de Mahoma en estas regiones apartadas, somos los huérfanos de su ley sagrada! Las hijas y las esposas no limpian ya á sus queridos el polvo sudoriento de las batallas; ocúltanles las vergonzosas cicatrices del hierro de la servidumbre! Las mezquitas sagradas están sirviendo de albergue á los ídolos de nuestros dominadores; nuestras mugeres son violadas á vista de sus padres y esposos!... La miseria, la deshonra y la esclavitud, son

(1) Dawud, David.
(2) Nakos, campana.
(3) Mufti, el príncipe, el jefe de la religion, como si dijéramos el obispo.
(4) Al Faquí, el doctor, el sacerdote.
(5) Hurtado de Mendoza, *Historia de la rebelion de los moriscos*.
(6) Mah-em. Ley de lo vedado que prohibe á la muger descubrir el rostro á los hombres, excepto á los parientes mas cercanos.
(7) Pronósticos.
(8) Jequé (sehaik), anciano, jefe de tribu.
(9) Emir, general.
(10) Malek, rey.
(11) Muezin, anunciador, el que llama al pueblo desde las torres de las mezquitas para las azalás con la siguiente fórmula: Dios es muy grande! Dios es muy grande! yo confieso que no hay mas Dios que Dios... yo confieso que Mahoma es el profeta de Dios! yo reconozco á Mahoma como enviado de Dios! Venid á la oracion! venid á la felicidad! venid al ruegolo de las mezquitas de Maruecos varía esta oracion.
(12) Atambar, torre.

la lepra que devora nuestro pueblo. Yo he visto la claridad del pozo de Zemzem (1), y he hecho la Azalá (2) en la Caaba (3). Ahora escondo mi frente como un criminal entre las cavernas y minas subterráneas, ramera sin pudor, procurándome el vil alimento que sostiene mis cansados dias, leyendo el porvenir de esos miserables, en la lumbrera de las estrellas... he encanecido mi cabello adivinando los sagrados misterios de la Sunna (4)! Tras largas tempestades, asomará el azul de los cielos mas limpio que el corazon de las huries; los dragomanes (5), Alakabar, Ali-Caabi, Odeifa, prometiéronnos la conquista de la Andalucía; los jófres que conservamos de la antigüedad, nos revelan bajo ciertas señales la esclavitud de nuestro pueblo... Esta ya se ha cumplido! Solo Dios es justo! Ya ha llegado tambien la hora de la libertad!... El sol (6) está cubierto de negras nubes y de sangrientas manchas, la luna aparece sonriéndonos apacible y pura en medio de los demás astros como una reina venerada de su pueblo!... Al nacer el dia, la niebla vuelve á cubrir la tierra que parece devorada por un incendio inmenso.

Escuchad el Jofor de Gidi-al-Guergali (7)!

Sacó entonces de debajo de la blanca túnica un pergamino antiquísimo, en que se prometía á los moros andaluces, que bajo la guia de un mancebo de sangre real, renegado de su religion, vencerían á sus enemigos los cristianos; las señales que marcaba el pronóstico, como entrar el año en sábado, el aparecimiento de grandes y desconocidas aves en Sierra-Nevada, nieblas y sequia, se presentaban entonces.

Quando acabó su lectura el faquí, concluyó con estas palabras:

—Ya ha llegado la hora de la venganza; levantad los enmohecidos aceros; que los ecos asombrados repitan el grito de la guerra santa en las altas sierras, en los profundos valles! El triunfo es seguro, recobremos nuestras haciendas, nuestras vidas, nuestra religion! Un esfuerzo, y mañana veremos triunfante nuestra enseña, y la media luna del profeta en lo mas alto del palacio de los Alhamares!!!

Al acabar el faquí, el entusiasmo llegaba á su colmo, el furor guerrero los dominaba á todos, el fuego patrio hervía en todas las entrañas, no habia un solo corazon que dejase de latir de rabia y de impaciencia por escuchar el sonido del combate; aquellos hombres, envilecidos los mas por la servidumbre y el hábito de una obediencia pasiva, estaban embriagados de inmenso valor bélico.

Sublime amor de la patria! Yo te venero donde quiera que te encuentres, entre mis hermanos ó entre mis enemigos, ya seas el canto de la victoria, ó la decision feroz de los saguntinos, cuando decidieron sepultarse bajo las ruinas de su combatida ciudad.

Sucedieron muchos caudillos en el uso de la palabra: los enviados de las tahas y fortalezas, esplanaron los recursos con que contaban; todos ayudaban la rebelion santa. Presentáronse despues varios hombres de aspecto atrevido, y leyeron unas larguísimas listas de conspiradores á manera de padron, formadas en los pueblos comar años, que habían recorrido en encontradas direcciones, bajo pretexto los unos de comerciar, los otros de pedir limosna. El centro de la conspiracion existía en la cofradia y hospital de cristianos nuevos, llamada de *La Resurreccion* (8).

Sabiase de una manera cierta cuántos eran los hombres que habia en el reino capaces de tomar las armas, los caminos mas cortos y seguros para llevarlos á Granada: tenian, en fin, provisiones inmensas de ellas y de víveres. Los capitanes de monfis (9) hicieron el alarde de sus fuerzas, útiles para cualquier empresa por temeraria y arrojada que fuese.

Despues Hilusceni, afamado capitan turco, dijo que Aluch-Alí saldria de Berbería con gruesa armada así que recibiera orden de Selin II, emperador de los turcos; que el Partal de Narila reunía en Argel respetables aprestos de soldados, municiones y armas; que muchos mercaderes hacían lo mismo; que el rey de Fez, como descendiente de los Jerif, pronto les socorreria, y acabó animándolos mas y mas en su empresa.

Luego el Mufti, para que se cumplieran los pronósticos, dijo que debían aclamar como rey y en su nombre á un príncipe de sangre real y renegado de su religion. ¿Quién sino el jóven Abenhumeya, el descendiente de los Abderrahman, puede llenar estas condiciones?

Todos aprobaron con unánimes gritos.

Sacaron, pues, en hombros á Abenhumeya, llamado entre los cristianos D. Fernando de Córdoba y Valor, porque habitaba con su familia en Valor el alto; vistéronle de púrpura poniendo en derredor de su cuello y espaldas una insignia encarnada á manera de faja; tendieron cuatro banderas en el suelo á las cuatro partes del mundo, y él, puesto el rostro hacia el Oriente, hizo oracion inclinándose sobre las banderas, y jurando morir defendiendo á su ley y á sus vasallos.

Inclinóse Aben-Farax, descendiente de los Abencerrajes, ante el nuevo rey á nombre de todos, alzó este la planta y el Abencerraje besó la tierra que él había hollado.

Levantáronle los principales en sus hombros, y el jefe de los Faquíes gritó en voz alta, que fué repetida á coro por la multitud delirante: «Dios ensalce á Mahomet-Aben-humeya, rey de Granada y de Córdoba.»

Acabada la aclamacion del rey, este hizo su visir á Farax, y capitan general á su tío Aben-Jawar.

Hecho esto tratóse de la manera y forma en que habia de estallar la rebelion.

En los lugares de la Vega, valle de Lecrin y partido de Orgiva, habia empadronados ocho mil hombres escogidos y á punto para en oyendo la artilleria de la Alhambra entrar en Granada vestidos á la turquesa.

La fortaleza sería ocupada por el Partal de Narila, y el

(1) Zemzem, pozo en la Mekka, cuyas aguas beben los peregrinos como santas.
(2) Azalá, oracion.
(3) Caaba, nombre de la casa santa de la Mekka.
(4) Sunna, doctrina recibida por la tradicion, lo mismo que el *mischna* entre los judios.
(5) Intérpretes.
(6) El aspecto del sol, segun los árabes, demostraba la fortuna de los castellanos, y el de la luna la de ellos.
(7) Cidi, juez subalterno de primera instancia.
(8) Con título de *la Santísima Trinidad*, dice Ferreras en su *Historia de España*, tomo XIV.
(9) Monfis, salteadores, bandoleros.

Nakos de Nigüelas con dos mil hombres que se esconderían esperando la ocasion en un cañaveral que habia cerca de Zenas en la ribera del Genil; Fagari y Monfari, dos valientes capitanes, tendrian preparadas diez y siete escalas grandes para asaltar las muralas por la parte de Generalife. Los del Albacin entrarian entonces en la ciudad por diferentes puertas, dados al aire estandartes y banderas que conservaban de tiempos antiguos, y capitaneados por Accis Niguel, y el Mozaguz; soltarian los presos del Santo Oficio, prendiendo al arzobispo y al presidente y llevando la ciudad á sangre y fuego.

Los moriscos de las Alpujarras en sus diferentes pueblos, cada cual haria lo mismo y en los propios dias...

En este momento se sucedian las últimas escenas de nuestro anterior capitulo, que tal vez aun no haya olvidado el benévolo lector.

D. Fernando de Córdoba y Valor, ó mejor dicho Abenhumeya, se inclinó áfablemente hacia el Abencerraje.

—Farax, quiero darte una prueba de mi reconocimiento y mi amor. ¿Hay alguna cosa que tú desearas sobre todas las de la tierra?

El se puso á meditar con aire de duda.

Abenhumeya añadió:

—Tu padre y tu hermano están presos en la cárcel de los jueces negros... ¿No tienes alguien de quien vengarte?

La fisonomia de Farax tornóse horriblemente feroz y sombría al escuchar estas palabras.

—Malek de Granada, le contestó, ¿no has probado ya mi valor? La diadema real de los Nazares daría por tener la satisfaccion de vengarme... ¿Por piedad, no me recuerdes á ese maldito Faquí de los cristianos!

—¿Y si yo le entregara ahora á tus plantas como un esclavo sumiso?

Los ojos de Farax brillaron inyectados de sangre como los de una hiena hambrienta. Repúsose empero, y contestó:

—Yo os prometo que no lograré escaparme: velo sobre él... el dia de la venganza se acerca, y entonces...

Todos escuchaban con curiosidad este diálogo entre el monarca y su visir.

El Faquí no estaba ya entre los conspiradores.

Aquel interrumpió á Farax, y dirigiéndose á su tío Aben Jawar:

—Tráeme al Faquí que llaman los idólatras el maestro Alvarado, le dijo.

El Abencerraje cayó ante Abenhumeya, y le besó las plantas.

—Dispon de mi vida, ahora mismo verteré por tí toda mi sangre gota á gota!

Despues quiso lanzarse detrás de Jawar... Abenhumeya le detuvo.

—Abencerraje, exclamó: por hoy no te se escapará tu venganza.

Jawar habia entrado con varios moriscos por una bóveda estrecha y oscura: escucháronse en esa direccion prolongados gritos de rabia. A poco salieron todos trayendo fuertemente aprisionado á un hombre rendido al parecer por una lucha penosa y sangrienta.

Ese hombre era el escudero del marqués de Mondéjar, Astasio de Bracamonte!...

—¿No es el fraile! gritaron unos al verle.

—Es un espía de los cristianos, dijeron otros.

—¿Va á revelarles nuestro plan! saltaron los mas.

—¿Qué muera! exclamaron todos.

Farax se acercó á él frenético de ira.

—¿Miserable! exclamó: ¿eres tú el que se ha atravesado en medio de mi venganza?

El cristiano desafiaba con serena calma la cólera de sus enemigos.

Farax hizo un movimiento de rabia:

Astasio de Bracamonte vió brillar sobre su pecho, rápida como la luz del relámpago, la gumia del Abencerraje!

CAPITULO VI.

La casa del nigromante.

Astasio de Bracamonte y Sancho Camargo subieron al Albacin, y mas allá de la calle del Agua se detuvieron ante una casa conocida ahora con el nombre de *la casa de los mascarones*, edificio tristísimo, teatro de sangrientas escenas y de tradiciones sombrías.

Camargo se quedó tras una esquina, pronto á la mas ligera señal de peligro, y Astasio entró sin detenerse, pues las casas de los moriscos á toda hora estaban abiertas.

Tras de varias habitaciones paró el escudero en una estancia alumbrada por la escasa luz de una lámpara de forma antiquísima, suspendida al techo. Los raros objetos que llenaban esta habitacion estaban colocados de una manera estraña: aquí se veían mapas y ramos de deshojadas flores, mas allá amarillentos manuscritos ennegrecidos por el tiempo, armas de desusada forma, osamentas humanas y esqueletos de animales y aves de colosal magnitud, vasijas llenas de licores brillantes ó siniestros que nuestro caballero miró con horror indecible. Aquellos debían ser envenenados filtros con que atraerse el amor de ingratas belladas ó hacer desaparecer á un rival, á un enemigo poderoso, sin dejar la mas ligera huella de su violenta muerte.

Esperó largo rato reconociendo cuanto le rodeaba.

Poco á poco fué perdiendo el terror que sentía todo buen caballero del siglo XVI al tratarse de nigromancia y ciencias ocultas... creyó distinguir un lejano ruido apenas perceptible; prestó el atento oído, y aquel, ó habia cesado, ó era el céfiro que sonaba en los árboles de la plaza, y moviéndose entre sus verdes hojas, hacías murmurar blandamente.

Embebiose otra vez en el inmenso dédalo de su amor funesto é imposible.

Doña María iba á ser de otro... El habia de dejársela arrebatar sin intentar la lucha, sin morir por ella!

Este pensamiento haciale saltar las arterias con violencia. Su amor era un volcan inmenso que debería arder oculto en la soledad; el desgraciado doncel veía que en el borde estaba abrasada y marchita la pálida flor de su esperanza, la azucena solitaria de sus amores... Debía dejarse morir... No podia desafiar á su enemigo y en guerra leal y abierta, á la clara luz del dia, acabarle con honor alentado por los votos de su amada.

Su amor, tan puro y tan leal, debería permanecer oculto, como vergonzosa lepra, en el pliegue mas hondo de su alma. Seria la deshonra de los Hurtados de Mendoza, una mancha en su noble escudo que nada pudiera lavar... Con ella labraria la tumba de sus señores, de sus protectores tan altivos y al mismo tiempo tan nobles... de Doña Elvira que le amaba con maternal cariño, de D. Inigo, que aprendiera él a venerar desde la niñez... del hidalgo y cumplido caballero...

La realizacion de los mas extraños sueños de gloria ó de fortuna que pudiera haberse creado en la cadena dorada de sus infantiles pensamientos, no le aproximaba una línea á Doña María, doncella de tan elevadas prendas y alcurnia que era codiciada su alianza por los mas poderosos hidalgos de Castilla. ¡Qué pudiera ofrecerle jamás él, miserable y desconocido escudero, casi un siervo de sus padres!

Cuando la mano calenturienta de un amor semejante comprime las alas del corazón, se adivinan esos tormentos que destina á los malvados la justicia eterna, y que el hombre jamás se ha podido explicar.

Sentía en su pecho manantiales de lágrimas ocultas que fluían y reflúan como las olas del mar, sin asomarse jamás á los ojos: heridas siempre abiertas por donde sale el dolor, la sangre del corazón lacerado.

Ese inmenso placer que borra todos los dolores, que endulza todos los sufrimientos, que mitiga el pesar: la satisfacción de saber que era amado, le era también desconocida. Una mirada perdida, un suspiro ahogado, una palabra de cariño, una flor marchita y desprendida del seno de su amada, no recompensarían jamás tanto padecer.

Tampoco tenía Astasio en aquel momento el santo bálsamo de la oración, ese blando consuelo de las almas heridas. Los insensatos no doblan jamás la rodilla ante poder alguno, y ¿qué era su amor sino un delirio, la fiebre de la demencia?

Asomóse entonces á una ventana ogiva resguardada por delicada muselina, y la calma de la noche y la brisa perfumada y fría refrescaron su ardor calenturiento y calmaron la fiebre de su alma.

Oyó entonces claro y distinto el rumor que antes desatendiera, acercóse á él y tropezó con una pared donde acababan sus investigaciones... Desesperanzado ya y renunciando á ellas, afirmóse para descansar en un rincón, y pesando su cuerpo sobre el pomo de la espada que se apoyaba en los arabescos delicados de la pared, aquel, tocó acaso un resorte oculto, y desapareciendo parte de ella ante sus espantados ojos, quedó abierta una puerta cuyo interior no alumbraban los tibios reflejos de la moribunda lámpara.

Detúvose nuestro héroe sorprendido; á pesar de su arrojo y temerario valor, sintió una cosa—pese á vuestras bellísimas lectoras—parecida al miedo: después meditó que allí no le podía esperar ningún peligro extraño, que si algo de sobrenatural debiera sucederle, bajo el influjo de ese misterioso poder estaba: requirió la empuñadura de la espada, cercioróse de que le acompañaba ese agudo puñal que denominaban nuestros mayores con el significativo nombre de *fé de caballero*, y tranquilo acerca de las asechanzas de un enemigo, cogió la lámpara y entró con precaución en la estancia misteriosa.

Era un embovedado estrecho que descendía en declive suave.

Cuando el escudero bajó algunos pasos, se sintió llamar por su nombre, dirigióse adonde salía la voz, y distinguió una masa negra é informe sobre la tierra.

Era Alvarado el jesuita fuertemente aprisionado. Así que hubo desatado las ligaduras que le oprimían, exigióle Astasio la explicación de tan inesperado encuentro.

El sacerdote se alzó y contestóle subiéndole el embovedado. —Huyamos, desgraciado; cerca de nosotros ruge la muerte!

Astasio oyó á sus pies un confuso clamoreo de voces humanas, creyó que estaba dominado por las visiones de un fantástico sueño... Por instinto siguió al sacerdote, que huía rápidamente...

Llegaron á la puerta y estaba fuertemente cerrada... Todos sus esfuerzos se estrellaron contra ella... por los dedos del sacerdote corrían algunas gotas de sangre...

—Oh! dijo el fraile con desaliento y rabia profunda, estamos perdidos y en poder de esos miserables.

Astasio sonreía melancólicamente. —Y moriremos aquí como jabalíes acosados!... añadió... ¡No habrá otra salida por donde pudieramos escapar!.. ¡El borde de un abismo!

—Venid conmigo, contestó el escudero. —Oh! dijo el sacerdote llevando las manos de Bracamonte á sus labios, eres un noble joven, Astasio!

En este mismo instante dos hombres se inclinaban ante otros dos por bien encontradas causas, el altivo Farax ante Abenhumeya, que entregaba á su venganza insaciable al maestro Francisco Alvarado, y el jesuita ante Astasio, que le salvará de la muerte mas lenta y cruel.

El noble mancebo rasgó el manto del sacerdote: con este, una toca que halló y su propia banda, pronto estuvo concluida una escala, atóla fuertemente á la ventana... entonces una oleada de gritos penetró en la habitación, como si súbitamente abriesen en aquel momento una puerta que lo estorbara.

La frente del sacerdote estaba inundada de sudor... Hizo una seña Astasio, y una mano cogió al parecer desde la callejuela el cabo de la escala...

El jesuita retrocedió... el joven hizo un movimiento de imperceptible desden.

—Es mi amigo Sancho Camargo, le dijo. En este momento oyeron muchedumbre de pasos y voces que se aproximaban.

El rostro del mancebo estaba radiante y tranquilo como si cumpliera con un deber sagrado: el del sacerdote pálido de emoción inquieta y cobarde.

Fray Francisco Alvarado trepó á la ventana... distinguiéronse una porción de semblantes ferozmente sombríos. El fraile, sin dirigir al noble joven, que por salvarle arrostraba la muerte, una palabra de agradecimiento ó una señal de despedida desapareció.

—Oh Dios mio! dijo entonces Astasio mirando á la ventana tras de la que huiera. ¡Ya se ha salvado! He cumplido, empero, con mi deber, ¡sigamos hasta el fin!

Después, y viendo la imposibilidad de huir, desvainó el

acero, y púsose delante de la ventana para protegerle, con calma serena.

Esta última escena habia sucedido en menos tiempo del que nosotros hemos necesitado para contarla, con la rápida celeridad del pensamiento.

La habitación llenóse al punto de moriscos, que al ver la actitud de nuestro amigo, desnudaron los alfanjes y silenciosamente le rodearon, demostrando en sus movibles fisonomías la frenética sed de sangre que les embargaba... cien aceros se cruzaron con el suyo.

Astasio, con fabulosa rapidez, describiendo increíbles círculos con la espada y prodigiosas curvas, conservábalos á todos en respetuosa distancia... Con su mirada de águila, tan pronto acudia á un peligro, como evitaba otro para volver á aquel; pero el osado que se le acercaba, mordía bien pronto el polvo herido por su invencible acero... La sangre manaban en abundancia por las heridas del joven...

Ya conocen nuestros lectores el éxito de esta lucha desigual.

Astasio de Bracamonte vió brillar sobre su corazón el acero de Farax—Aben—Farax.

Tendió la vista en derredor tropezando sus ojos tan solo con miradas fanáticas y torvas.

Acordóse de Doña María, y sonrió con dulzura melancólica y angelical.

A ese recuerdo purificóse su alma... El cielo estaba abierto para recibirle.

Vió entonces que el puñal se apartó bruscamente de su amagado seno, desviado al parecer por una mano poderosa; el arma fatal, cambiando de dirección, fué á herir en el brazo á uno de los moriscos que le habian aprisionado, y que gimió sordamente.

Volvieron todos el rostro y se apartaron despues con respeto dejando á Jorayque el jefe de los Fuquies, pues era él quien de una manera tan inesperada salvara á nuestro amigo, frente al asombrado Aben—Farax.

El anciano Mufti dijo lentamente con su hiperbólico lenguaje oriental, al rencoroso y sorprendido morisco.

—¡Abencerraje, grandes como la bóveda del cielo son los ultrajes que tienes que vengar de los cristianos! ¿Quieres que se manche la resurrección de nuestra ley con un asesinato? El segador no elige las espigas que ha de cortar, como tú las víctimas de tu rencor en el noble campo de la guerra.

¡Suelta á ese indefenso y pobre mancebo! ¡que no se embote tu alfanje en la rastrera grama! Cuando el rayo hiende las nubes dirígese rápido á las orgullosas torres; no manches con un crimen árido y oscuro la media luna del enviado de Dios.

—Mufti, repuso Farax, debajo de la grama se esconde la venenosa víbora que nos acecha: la embovedada sala del patio de Lindaraja (1) no repite con tanta fidelidad y prontitud las palabras de los amantes, como ese mancebo hará sonar en los oídos de los jefes nazarenos el plan de nuestra redención, y mañana ahogarán, antes de que haya salido de nuestros labios, el grito de la guerra santa.

—Yo respondo de la fidelidad del cristiano, contestó Xorayque, su lengua permanecerá muda, nada dirá, como la tumba ignorada de un cobarde!

Farax miró á todos lados, y como Astasio momentos antes, no encontró un solo rostro que le apoyase, todos asentían á las palabras del anciano.

—Solo Dios es justo! exclamó con la indolente calma que sucede á los arrebatos de rabia mas frenética de los árabes.

Varios de los moriscos que tan hostiles se mostraran momentos antes al escudero, soltaron presurosos los lazos que le oprimían.

Xorayque sacó de entre los pliegues de la túnica un frasco lleno de licor brillante, y derramó algunas gotas en los labios del mancebo... El inmenso salón se il. nó presto de un perfume delicioso... todos estaban inclinados observando con curiosidad respetuosa y admirada!

Los ojos de Astasio se cerraron bajo el influjo de un blando y benéfico sueño...

Entonces el Faquí cogió del suelo una linterna sorda que yacía apagada, cargó sobre sus hombros al joven con inesperada agilidad, y sin que nadie tratara de oponerse á su marcha, ni de aliviarle de tamaño peso, se entró en una cueva negra y estrecha que con rápida cuesta descendía y horadaba las entrañas de la tierra!

Xorayque suspendió su marcha precipitada: presto el lugar de la escena fué iluminado con luz viva... era una caverna estrecha que en aquel paraje se ensanchaba un poco... lugar á propósito para una celada... Astasio adormido fué colocado sobre el pavimento húmedo. El anciano lavó sus heridas con el agua de un manantial que gota á gota se deslizaba entre las peñas y estaláctitas, restañó la sangre que manaban aun, vertió en ellas un bálsamo y las ocultó bajo un vendage prolija y artísticamente colocado.

Después contó las palpitaciones de su corazón, escuchó atentamente su respiración desigual, observó con cuidado el calenturiento olor que encendía sus mejillas, y despues, tras larga meditación, iluminó el rostro del árabe un rayo como de lejana y débil esperanza.

A la luz de la linterna abandonóse á contemplar á Astasio. Un inmenso amor bañó su fisonomía. Luego los labios del escudero moviéronse blandamente bajo el poder misterioso de un ensueño de la fiebre... El Mufti se inclinó para escucharle; despues alzó su frente, en la que se pintaba dolorosa angustia.

—¡Desgraciado, se dijo, cuánto la ama!

Pasó largo rato... el sacerdote, embebido en desconocidos pensamientos, pertenecía tal vez con el recuerdo á tiempos ya pasados.

—Imposible, imposible! continuó despues, y sus ojos se arrasaron de lágrimas...

Quién sabe, concluyó, si la flor de su corazón, que comienza á abrirse hácia el lado donde reinan los crueles ciezos, se inclinará otra vez al Oriente!

Alzóse entonces con lentitud, cargóse en los hombros á

(1) Bóveda acústica del palacio real de la Alhambra, conocida con el nombre de *Sala de los secretos*.

Astasio, y desapareció presto entre la sinuosa mina, dejando un rastro deslumbrador y pasajero de diamantina luz en las cambiantes estaláctitas.

CAPITULO VII.

El padre y el hijo.

Ahora por un anacronismo necesariamente violento, es preciso que traslademos á nuestros lectores al fin de la tarde en que comenzó nuestra historia.

El lugar de la escena es triste y lóbrego: cuatro paredes de sillería acañando en bóveda; en lo alto de esta una estrechísima ventana cerrada por gruesas barras de hierro que comunica una luz tristísima y apagada; doce piés de largo por diez de ancho; un tablado que ocupa casi la mitad de la estancia; sobre él dos esteras podridas por la humedad; en el un costado un poyo de cantería para servir de mesa, y al otro una puerta forrada de hierro, que era el mejor repulsivo de la esperanza, claramente indican que estamos en las cárceles secretas de la Inquisición.

Dos hombres hay en el tablado, sujetos con gruesas argollas de hierro.

El uno de ellos parece que dormita, el otro está cerca del primero, tan cerca cuanto se lo permite la cadena que lo sujeta.

La atmósfera es húmeda, glacial. Los miembros del acostado se ven temblar fuertemente tras la mala y raída manta que le cubre; el otro, sentado sobre sus piernas, le observa tristemente, tan tristemente, que la escasa luz semi-crepuscular del calabozo, alumbraba su joven y vigoroso rostro, de una palidez extrema, inundado de lágrimas.

En este momento dieron las cuatro de la tarde, y cerrándose la ventana, todo quedó sumido en la oscuridad mas profunda.

Pasó como una media hora en que no se oía otra cosa que el sollozar del joven y el estertor del acostado. Calmóse este estertor horrible: á poco sucedió el sonido de una respiración fuerte y desigual; despues sonó el entablado y una cadena, y se oyó esta palabra pronunciada con voz doliente.

—Yahye.

—¿Qué queréis, padre mio?

—Dame tu mano, Yahye, ya que no puedes venir á mis brazos.

—¡Bárbaros! Nos separan para que no podamos acercarnos y decirnos nuestros pensamientos sino en alta voz. Aquí dicen que hay una oreja pegada á cada corazón para contar sus latidos, y si el pobre preso exhala una queja aumenta con ella sus culpas... ¿Cuándo querrá el cielo piadoso que cesemos de sufrir?

—Oh! calla, calla, Yahye! ¡pobre hijo mio! Nuestra lengua está al oído de los jueces, que al fin tendrán compasión y conocerán nuestra inocencia.

—No, dejad, eso es imposible... Acordaos de vuestro padre, de nuestros hermanos que, puros é inocentes como vos, fueron arrancados del mundo, mutilados y rotos sus miembros entre atrocísimos suplicios! ¡Sobre nuestras cabezas pesa una acusación de muerte!

—Boabdil! ¡infame Boabdil, que causaste la muerte de los buenos en Buacuba! ¡por qué no caiste mas bien entre los escombros de tu reino antes que entregar á los hijos de Mahoma vendidos en vil precio, cual un rebaño de pacíficas ovejas!...

—¿Cómo os sentís, padre mio? preguntó el joven para separar á su padre de tan crueles pensamientos.

—La sangre circula otra vez libremente en mis venas, y la respiración es fácil y dulce; pero esta atmósfera pestilencial me ahoga, y este frío húmedo y cruel hiela la médula de mis huesos!

Ahora he tenido un ensueño horrible, que ha sido peor que la calentura, que ha acabado con mis fuerzas... Soñé que cumpliendo nuestros jueces sus amenazas, nos habian conducido á la cámara del tormento... Allí me habian puesto al brasero... Yo lo resistí todo al principio con un valor extremo. Tostóse presto mi carne, y mis jueces estaban tranquilos; los verdugos avivaban el fuego que apagaba mi sangre... despues se torcieron mis nervios y mis huesos saltaban!

Eran tan agudos los dolores que sentía, tan invencibles, tan infinitos, que hablé al fin cuanto quisieron... te arrastré á tí en mi pérdida!.. oh! creo que habria muerto si tal ensueño se hubiese prolongado! Afortunadamente sentí una cosa fría que tocaba mi rostro, pensé que seria tu mano, pues presto habia recobrado la seguridad de mi posesion, fui á estrecharla contra la mia, y recibí una cruel mordedura; pues lo que yo creí ser tu mano, era uno de esos animales inmundos que parten con nosotros nuestra comida y duermen al calor de nuestro seno!

—Oh! no, no se atreverán á tanto, exclamó Yahye con voz coléricamente sorda!

Pasóse un rato de silencio pavoroso, porque ambos temían hablar, no encontrando en sus corazones un átomo de esperanza.

(Continuará.)

PRINCIPIO Y FIN DE LOS MUNDOS.

TEORÍA DE MR. DURAN, PARA REFLEXION DE ALGUNOS LECTORES, Y ENTRETENIMIENTO DE OTROS.

En todas las edades, en todos los tiempos, el hombre, ansioso de sondear las obras del Omnipotente, no se ha limitado á contemplar sus fenómenos y estudiar las leyes que las rigen, sino que ha querido descubrir el modo con que fueron formadas, y aun la manera con que deben concluir. ¡Esfuerzos inútiles! Contentémonos con admirar.

Tomando el espacio en el estado de vacío absoluto, Mr. Durand concibe una molécula primitiva, creada por Dios, poseyendo en sí misma los principios constitutivos de la vitalidad material: 1.º la materia; 2.º, el calorico; 3.º, la electricidad; 4.º, la luz;—y tambien las cuatro fuerzas del movimiento general, á saber: 1.º, la absorcion; 2.º, la expansion; 3.º, la rotacion; 4.º, la pesantez;—y movida (la molécula) alrededor de un vacío central, rodeado por una fuerza absorbente

superior á otra exhalante. Esta molécula, formada solo por el oxígeno, y que contiene en sí todo lo que constituye el universo, habiéndose reproducido, como lo hace hoy el pólipo de agua dulce, y habiendo llenado el espacio, este fué poblado en breve de moléculas de hidrógeno, las cuales, dice, no son mas que las moléculas de oxígeno, que han cambiado su modo de vitalidad, y ocupan el medio entre la materialidad y la inmaterialidad.

En el centro del espacio ocupado por las moléculas de oxígeno y de hidrógeno, la electricidad acumulada dió nacimiento al primer relámpago: este recorrió el espacio ocupado desde su centro á sus límites, siguiendo una marcha espiral, primeramente elipsoidea, la cual redondeándose despues poco á poco, le volvió á su punto de partida: es decir, al centro. Materializándose en seguida, cambió de naturaleza; de nebulosa, en la espiral elipsoidea: concentrando su marcha se volvió núcleo y cola, y progresando en su materializacion acabó por fijarse, sin cabellera ni cola, en el centro del espacio, bajo la forma de sol ó estrella fija.

Este sol no es una masa homogénea y sólida, es sí un globo con un vacío central, que dando vueltas alrededor de su eje, asimila continuamente moléculas á su incesante expansion de luz y de calor.

El exceso de su nutricion, retenido sobre su superficie, dió origen á manchas, que habiendo adquirido su máximo de pesantez, fueron rechazadas en el espacio, donde se redondearon á la manera que en las fábricas de perdigones el plomo derretido cae sobre una esfera aplastada en los polos. Entonces se produjo en la materia delicuescente de cada una de estas manchas un movimiento de rotacion sobre su eje, y debió trasformarse en un planeta.

El movimiento de traslacion de los planetas alrededor del sol, depende pues del movimiento espiroidal que la rotacion solar debió imprimir á la materia delicuescente, y que modificó la absorcion solar á medida que dicha materia se enfrió, recorriendo el espacio. Cuando la fuerza absorbente del sol y la pesantez del planeta se equilibraron, este debió necesariamente trasformar su espiral, que le hubiera alejado indefinidamente del sol, en una elipse de la que el mismo sol se hizo uno de los focos.

No solamente admite este sistema una proyeccion sucesiva de planetas, empezando por Mercurio y acabando por Neptuno, sino que establece que los satélites ó lunas que algunos de ellos tienen, son tambien formados de materia primitiva. Considerando despues á los planetas provistos de satélites, como otros tantos sistemas particulares en el sistema general, explica las anomalías de su curso por la accion combinada de la pesantez de los satélites, de tal modo, que aquel que está mas cercano al planeta, es el que tiene desigualdades mas considerables. La misma accion sirve á Mr. Duran para explicar las perturbaciones de los planetas, el máximo de la accion, ejerciéndose en la hipótesis general, sobre el planeta mas cercano al sol.

Las estrellas son otros tantos soles, en torno de los cuales gravitan los planetas que componen el sistema de cada una de ellas.

Los primeros planetas proyectados por el sol, no han tenido al principio el volumen que les conocemos hoy. Cuando de resultados de su enfriamiento continuo perdieron su vitalidad propia, la fuerza absorbente del sol los atrajo á su foco, los refundió, y añadió una nueva materia delicuescente, lanzándolos de nuevo al espacio con un aumento de volumen. Los planetas mas antiguos, es decir, los mas próximos al sol, son los que naturalmente deben ser regenerados primero. Por eso la regeneracion de Mercurio ha precedido á la de Venus, la cual se adelantará á la de la tierra, y así sucesivamente.

El sol no es inmóvil, ni goza solo de un movimiento de rotacion sobre su eje, como creían nuestros astrónomos. Este movimiento de rotacion se liga con otro, en el que recorre una órbita que un día descubrirá la observacion.

Los centros de absorcion, tanto con respecto al sol como á los planetas, residen en el interior de estos astros, y constituyen en ellos una especie de atmósfera interior, que se equilibra con la exterior. Esta última es simple para todos los planetas; pero el sol tiene dos distintas, una seca y otra húmeda: la primera envuelve á la segunda.

El calórico solar se modifica conforme á la perfeccion sucesiva de los seres, cuyos principios absorbe, y se vuelve por consecuencia mas energético; por eso la vida general del mundo, aunque participe de esta energía, acabará por no poderla soportar, y el incendio general será la última consecuencia. Despues el sol, no encontrando ya en los planetas los principios de su alimento, se consumirá y destruirá.

Entrando despues en la serie de los hechos positivos, es decir, de aquellos que prueba la observacion y determina el cálculo, todos se explican por las leyes anteriores, y confirman por consiguiente su existencia.

La ciencia ha probado las atracciones de las electricidades de nombre contrario, y las repulsiones de las del mismo nombre, sin indicar la causa. Esta reside en los mismos orígenes de los focos eléctricos, que son el sol y los planetas. El sol es

el depósito general de la electricidad positiva, y los planetas de la negativa (1).

Por las absorciones recíprocas del sol y de los planetas, se establecen necesariamente dos corrientes eléctricas; y teniendo en cuenta la pesantez de cada planeta, de la cual depende su fuerza de absorcion, se pueden no solo establecer las leyes ciertas de las corrientes eléctricas, sino tambien determinar con precision su intensidad, por las diferentes posiciones de los cuerpos celestes, y por último, explicar las variaciones de la brújula, puesto que hoy está probado que el magnetismo y la electricidad son una misma cosa.

Ya se deja ver que la atraccion de las masas de Newton desaparece ante la teoría de Mr. Duran, y con ella tambien las densidades desiguales de los planetas, que la ciencia admite, deduciéndolas de esta misma atraccion. No gravitan pues alrededor del sol planetas cuya densidad es como la de Mercurio, cerca de tres veces mayor que la de la tierra, mientras que la de Júpiter es solo una cuarta parte: de manera que la densidad del uno podria compararse con la del plomo, y la del

Luz.

La luz solar, obedeciendo á la absorcion terrestre, llega á nuestro planeta, no directamente, como suponía Newton, ni por ondulaciones, como decía Descartes, sino directamente y siguiendo una marcha helicoidal, es decir, la que recorren las dos absorciones que se ejercen en sentidos inversos, desde los bordes del ecuador solar á los del planetario.

Aire.

Mr. Duran, lejos de considerar al aire como idio-eléctrico, le juzga como eminentemente eléctrico, y razona de este modo: encontrándose solo en el rayo solar la electricidad positiva, y manando de la materia la electricidad negativa, deben atraerse mutuamente y neutralizarse en la atmósfera, de donde resulta que estas se desarrollan cuando se opone algun obstáculo á su union; y por consiguiente á su neutralizacion, como, v. g., un disco de cristal ó una nube. Esta teoría explica con sencillez y exactitud la formacion del rayo y el desarrollo de la electricidad alrededor de un disco de cristal, comprimiendo el aire entre dos almohadillas, y al mismo tiempo que hace ver la produccion instantánea y permanente de la electricidad galvánica, y en fin, las atracciones y repulsiones eléctricas.

Ley de reproduccion.—Escala de razas.

El ser se perfecciona y se transforma cuando se reproduce por *detritus*; y se perfecciona, sin metamorfosis, cuando se reproduce por semilla.

Cuando la tierra enfriada en el espacio permitió á los gases primitivos constituir la primera atmósfera, se verificó una especie de oxidacion en la superficie de la tierra, y semejante á la del ladrillo, dió nacimiento al primer vegetal, idéntico á las criptógamas microscópicas que vemos sobre nuestros tejados, y cuya formacion precede á la del musgo que destruye las tejas. Pero entonces la accion fecundante que estaba en todo su vigor, debió dar á la vegetacion primitiva fuerzas colosales. Despues de varias transformaciones sucesivas, los *detritus* dieron nacimiento á los gémenes de una vegetacion mas compuesta, que puede asimilarse á la de los helechos, y despues á la de las plantas de mucho jugo, como las cactáceas, plantas cuyo crecimiento de volumen y energía debió estar en relacion con la fuerza vegetativa de una naturaleza virgen.

El hermafroditismo en muchas plantas, la diferencia de sexos en otras, la carencia de todo signo usual en un gran número, y la reproduccion de todas, no se explicarian si no hubiese dos modos distintos de reproduccion. Combinándose dos á dos, tres á tres, etc., los *detritus*, dan origen, primero á nuevos seres del reino vegetal, y despues á la mas ínfima animalidad. En virtud de la misma ley de perfeccion por *detritus*, explica Mr. Duran cómo partiendo de la hidra de agua dulce, que es en la escala animal lo que el primer musgo es en la vegetal, se llega hasta los seres semovientes de mayor complicacion y tamaño.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

ESCENA DE LA PASION: GRUPO EN YESO.

Esta obra, de gran mérito artístico, es de M. Geess, de Bruselas, y pasa por uno de los trabajos mas acabados en su género. Todos cuantos han visitado la Esposicion belga en el Palacio de Cristal, han elogiado el grupo de M. Geess con verdadero entusiasmo, habiendo llamado particularmente la atencion la postura del Salvador del mundo.

ANGELES CONDUCIENDO Á LOS INOCENTES.

La Bélgica es un completo museo religioso. En Bruselas la iglesia de Santa Gudula contiene, esculpida en madera, una de las obras mas originales que existen.

En Amberes, la Catedral, la iglesia de los jesuitas y el Museo, encierran obras maestras de Rubens; y puede decirse que allí brilla el grande artista con todo su resplandor.

En ninguna parte se encuentran cuadros tan magníficos: los de la iglesia de los jesuitas son verdaderamente admirables.

El grupo que ofrece nuestro grabado representa unos ángeles que llevan al cielo las víctimas del degüello de los inocentes, de aquella carnicería de Herodes, que debía comprender la estincion de la raza del Salvador del mundo.

Este grupo es de madera esculpida.

Tres ángeles se proponen cumplir una mision sagrada.

Dos de ellos suben al cielo, y presentan á Dios las infelices criaturas que caen bajo los golpes de los satélites de Herodes. El tercero contempla de rodillas á una madre que llora sobre el cadáver de su hijo.

La obra es de M. Geerts, de Lovaina, y revela esa inspiracion que ha ilustrado á los Países Bajos, durante los siglos XV y XVI.



Ángeles conduciendo á los Inocentes.

otro con la del potasio, que flota sobre el agua. Todos tienen una densidad igual; las masas planetarias son solo relativas al volumen, no al volumen multiplicado por la densidad. Su fuerza absorbente depende de él, y no solo cada planeta, sino que todos los seres que le habitan tienen una atmósfera proporcional á esta fuerza. La atmósfera de la tierra no descansa sobre ella por su propio peso. No hay necesidad del horror al vacío para explicarle: todo resalta naturalmente de las leyes de la absorcion solar y planetaria (2).

En fin, la vida y la muerte de cada ser terrestre se explica del mismo modo; se asimila por la absorcion los principios constitutivos del planeta que habita, y su descomposicion la causan los principios de esta misma atmósfera.

(1) Esta teoría descansa sobre los fenómenos de la imantacion de un para-rayos aislado, y sobre la prueba de la existencia de una electricidad positiva en el rayo violado de la luz.

(2) Esto explica los fenómenos del magnetismo animal, cuyos efectos son verdaderamente un misterio para la ciencia, que prefiere negar los efectos mas bien que aventurar la mas pequeña hipótesis.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Es'ab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.